

JAUME FUNES
QUIÉREME
CUANDO MENOS
ME LO MEREZCA...
PORQUE ES
CUANDO MÁS
LO NECESITO

**UNA GUÍA PARA PADRES Y MAESTROS
DE ADOLESCENTES**



PAIDÓS

JAUME FUNES
QUIÉREME
CUANDO MENOS
ME LO MEREZCA...
PORQUE ES
CUANDO MÁS
LO NECESITO

**UNA GUÍA PARA PADRES Y MAESTROS
DE ADOLESCENTES**

Título original: *Estima'm quan menys ho mereixi... perquè és quan més ho necessito*, de Jaume Funes

1.ª edición, noviembre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Jaume Funes, 2018

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2018

© de la traducción, Remedios Diéguez, 2018

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3527-3

Fotocomposición: gama, sl

Depósito legal: B. 22.652-2018

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción:

Ahora también te necesito 13

Te desesperas, pero lo haces bien	15
Olvida los manuales de autoayuda	16
La incertidumbre rejuvenece la madurez	17
Un amor todavía más incondicional y necesario	18
Recordemos primero lo que hay que esperar de ellos y ellas y lo que no	19
Una propuesta de pedagogía y ética adolescente	20
De la escuela a la salud, o viceversa	21
Resumen, testimonio, testamento	22

9

I. El trabajo de convivir con adolescentes 25

A. Parece que ha entrado en otra dimensión 27

De quién estamos hablando	27
El triángulo de las adaptaciones adolescentes	36
Un cuerpo con piezas que no encajan	38
Adolescentes por dentro	42
Inevitablemente, son una combinación de diferencias	60
Un apunte sobre la identidad	70
Los adolescentes de la sociedad digital	73

B. Desconciertos, hostilidades y angustias 83

Movedores de sillas y tranquilidades adultas	84
Las miradas que acogen	85
Un largo catálogo de lecturas opuestas	86
El discurso oficial sobre el adolescente y su educación	88

Queremos confiar en que se portarán bien	90
Todo es condicional. Todo condiciona. Todo está en obras	92

C. Pero ¿cómo se educa a estos adolescentes? 95

Razones para intervenir en las vidas adolescentes	96
Algunas necesidades adolescentes	98
Pero ¿qué es normal?	100
Los cinco verbos que hay que conjugar para comprender al adolescente	102
Sobre las preguntas de despacho y del sofá de casa	106
Cuatro formas de generar influencia educativa	113
Educación significa acompañar	118
Los adultos que necesitan y aceptan deben ser cercanos y positivos	129
La adolescencia ya no es una etapa educativa para la tutela	135

10

D. No es cuestión de psicología, sino de valores 147

Cómo aparece la ética	147
Las preguntas y la felicidad	154
Sugerencias éticas para las vidas en digital	163

E. Los adolescentes de las otras familias 169

II. Propuestas para gestionar algunas preocupaciones 181

A. Cuando la protección ya no sirve y tienen que aprender a gestionar los riesgos 185

Breve resumen de lo que hemos leído hasta ahora	185
Pongamos orden en nuestras preocupaciones	186
El adolescente arriesgado	193
Del derecho a arriesgarse al derecho a protegerse	199
Conocer los placeres, los riesgos, el coste de las decisiones	204

B. La escuela inevitable, a veces incompatible	207
Adolescentes en la escuela	207
Adolescentes que crecen y aulas en cambio permanente	209
Títulos, sabiduría o felicidad. Una elección difícil	212
Aprender en una escuela adolescente	220
Nadie tiene claras las razones para asistir a clase	230
C. Al final, tienen que ser personas «equilibradas»	235
Preocuparse por la salud mental	235
Cuando parece que tienen problemas y no sabemos qué hacer	239
Soy un desastre, pero no estoy loco	244
Algunas ideas sobre lo que vale la pena hacer	252
D. De la abulia social a la «radikalidad»	259
Los retos de educar para entender el mundo y no abandonar la voluntad de cambiarlo	259
¿Cómo querríamos que fuesen cuando sean jóvenes?	266
Epílogo: de los encantos a las necesidades	275

A. Parece que ha entrado en otra dimensión

La llegada a la adolescencia es el resultado de dos grupos de fuerzas que comienzan a agitar al niño o niña que, a sus once o doce años, vive feliz en la madurez infantil. El primer grupo lo compone la inevitable entrada en la pubertad biológica. Igual que nosotros, ellos y ellas también crecen. El segundo grupo está conformado por un conjunto de presiones del entorno que le impulsan a entrar en otra etapa de la vida, a empezar a comportarse (hacer, probar, expresarse, demostrar) como un adolescente, a abandonar el tiempo de la infancia.

No es lo mismo la pubertad que la adolescencia. La primera es inevitable, ha existido siempre, en todo el mundo, y tiene un conjunto de características bastante comunes (en cada entorno). La principal tarea educativa con la pubertad consiste en ayudar a gestionar los cambios biológicos que los hacen sentirse mal en su piel.

27

La segunda, la adolescencia, es un invento bastante moderno. Aunque ahora, entre nosotros, la mayoría de los padres, madres o profesores han tenido adolescencia (a veces lo olvidan), tiene poco menos de tres décadas como fenómeno obligatorio para todo el mundo. Ahora podemos decir que entre la primavera de primero de secundaria y, como mínimo, la primavera del primer año de estudios posobligatorios (bachillerato, ciclos, etcétera), nuestros hijos no tienen más preocupación vital que dedicarse a ser adolescentes. La principal tarea educativa consistirá en ayudarlos a aprender a serlo y a gestionar su adolescencia.

De quién estamos hablando

Un invento social

Antes, mucho antes, cuando el autor de este texto era joven, la adolescencia de la mayoría no pasaba de ser un tiempo

para descubrir que el cuerpo cambiaba y adaptarse a las nuevas responsabilidades del adulto joven. En muchos barrios consistía en barrer un taller unas semanas, como joven aprendiz, o en asumir en casa el cuidado de los hermanos más pequeños. Solo algunos y algunas, en determinados grupos y clases sociales, han tenido siempre adolescencia, tiempo de la vida para transitar con calma entre la infancia y la vida adulta. Hoy, en muchos lugares del planeta, todavía se trata de una etapa imposible.

28

Es un ciclo vital que solo se hace real en determinadas sociedades y en diferentes momentos históricos. Entre nosotros se convierte en una etapa universal y obligatoria cuando la economía lo permite. Es el resultado de los cambios tecnológicos o de las crisis económicas que hacen innecesaria la mano de obra de determinada edad. No necesitamos jóvenes de catorce años (edad de inicio de la vida laboral aquí hace cuarenta años) para producir, nos sobran jóvenes de todas las edades en una sociedad con altas tasas de desempleo. La adolescencia se generaliza cuando la demografía y las expectativas de vida alteran todos los ciclos. Aparecen nuevos ciclos vitales cuando la vida deja de ser un tiempo para crecer y aprender, un tiempo para producir y un tiempo para descansar.

Hago esta pequeña referencia a la sociología de la adolescencia porque, a pesar de haber pasado a ser obligatoria, los adultos todavía no sabemos qué hacer con ella. Nos ha quedado una especie de tiempo muerto entre la infancia y la eterna juventud que no sabemos cómo llenar o que vivimos en permanente contradicción educativa. En cualquier caso, todas nuestras preocupaciones podrían resumirse en encontrar respuestas a la pregunta de cómo continuar educando en un ciclo vital socialmente inventado.

¿Ser adolescente o prepararse para el futuro?

La adolescencia es un tiempo evolutivo, cambiante por dentro y por fuera, que los adultos todavía intentamos considerar como provisional, como una enfermedad inevitable que se acabará con la adquisición de una buena dosis de cordura y madurez. Nuestra confusión es evidente cuando decidimos a qué edad pueden ir a prisión, cuándo pueden beber, cuándo votar, tener hijos, carnet, etcétera.

Muchas personas adultas todavía se preguntan para qué sirve la adolescencia. ¿Cuáles son sus tareas? Mientras nosotros intentamos aclararnos, ellos y ellas dirán que se trata de dedicarse a ser adolescentes. Nosotros, como máximo, después de más de tres décadas de adolescencia universal y obligatoria, la única definición que conseguimos es que se trata de un tiempo en el que tienen que dedicarse a estudiar o a prepararse para el futuro. Para ellos y ellas, con gusto o a regañadientes, con momentos en los que sienten y viven de todo, la adolescencia son años de la vida para dedicarse felizmente a ser adolescentes.

29

Buena parte de nuestras dificultades con los adolescentes tiene su origen en ese vacío o en ese desacuerdo. Nosotros no sabemos qué hacer con ellos y ellas (o lo que acabamos proponiéndoles procede de visiones adultas desfasadas), mientras que por su parte hace tiempo que saben de qué va el tema, dominan la condición adolescente. Con mucha facilidad tendemos a ver siempre dificultades y problemas, fenómenos de desafección social o de conflicto. Como reacción saben muy bien cómo preocuparnos, cómo utilizar nuestro desconcierto. Puesto que no sabemos qué podemos esperar y qué debemos exigir, todo nos parece un problema antes de tiempo. Pero la adolescencia no es otra cosa que un tiempo vital socialmente construido entre el final de las etapas infantiles y la entrada en la juventud, en el que chocan frontalmente nuestras prisas por que «maduren» con su lentitud vital feliz («¡Ay, mamá, déjame en paz!»).

Un tiempo de oportunidades significativas

Pero no simplifiquemos las cosas. Estamos hablando de unos chicos y chicas sometidos a unas transformaciones biológicas (desde las hormonas circulando a su aire hasta el desarrollo corporal) que son una fuente importante de malestares y necesidades de adaptación. Sometidos, igualmente, a la necesidad de aclararse sobre su nuevo lugar en la vida y en la sociedad que los llevará a probar, buscar, experimentar, demostrar su existencia. Cambian por dentro y por fuera, y tienen que encontrar una síntesis para sentirse definidos y cómodos consigo mismos, consigo mismas. Estamos ante unos años de transformación personal y social en los que los adultos continuamos siendo imprescindibles.

30

La adolescencia ya no es una etapa a la espera de... No es un tiempo de transición. Ya es un ciclo vital significativo, determinante desde los puntos de vista personal y social, para el cual los adultos tenemos que definir las oportunidades que deberíamos poner a su alcance. Un ejemplo: la escolarización obligatoria entre los catorce y los dieciséis años no es (tal vez en su día, en parte, sí) una respuesta a la falta de necesidad de mano de obra de estas edades, sino la conquista de un conjunto de oportunidades educativas similares para todos. Es un error pensar que la adolescencia es un tiempo que conviene que pase rápidamente, sin demasiadas experiencias negativas. Es un tiempo para adquirir capacidades determinantes para el futuro, tener experiencias enriquecedoras, relaciones sociales diversas, y acabar sintiéndose seguro consigo mismo con el apoyo de diversos adultos.

La culpa es de la posadolescencia

Acabo de describir la adolescencia como un tiempo, un conjunto de años, para poder dedicarse a ser adolescente entre dos primaveras. Pero ¿no deberíamos colocar algunas primaveras más? Dos son las preguntas finales más frecuentes que me hacen los padres y madres que acuden a mis

charlas. Por un lado, si no creo que la adolescencia cada vez se avanza más. Por otro, si, dada mi experiencia, puedo aclarar cuándo acaba realmente este período. Las dos preguntas surgen de voces un poco asustadas o bastante cansadas de peleas.

Definir el tiempo de una realidad tan poliédrica como esto que genéricamente titulamos adolescencia no deja de ser una trampa. Para ser un poco rigurosos, tenemos que relacionar dos componentes: el desarrollo que pone en marcha la pubertad y la existencia real de prácticas, de conductas adolescentes, vividas entre adolescentes. De todos modos, lo que las preguntas constatan es cómo, con frecuencia, podemos ver a niños (de distinta edad y condición) que actúan o utilizan lenguajes y estéticas propias de adolescentes. Igualmente, conviene recordar que es bastante habitual que chicos y chicas de edades jóvenes continúen en casa, alargando unos comportamientos que tenían a los dieciséis o diecisiete años.

31

Tampoco quiero entrar aquí en discusiones académicas. Sin haber profundizado todavía en el análisis de los componentes de la condición adolescente, intentemos acotar aquellos aspectos que tienen que ver con las preocupaciones educativas (cuándo tratarlos como adolescentes, cuándo y cómo hay que forzar que abandonen la etapa). Empezaré por el final, por la necesidad de propuestas que posibiliten la salida de la adolescencia. Desafortunadamente, buena parte de las lecturas que se difunden en la sociedad adulta están contaminadas por la realidad contradictoria de los jóvenes que no acaban de dejarla. Los que no salen del todo de esta etapa condicionan en negativo nuestras visiones de los que empiezan.

Los posadolescentes y los pospadres

En 1985, cuando las primeras crisis industriales hacen que la adolescencia en Europa pase a ser una etapa vital obliga-

toria, la periodista francesa Christiane Collange escribió *Yo, tu madre*,⁶ el *best-seller* del momento. Se trata de una larga carta a un hijo que no acaba de marcharse de casa y sigue comportándose como cuando era un estudiante de secundaria. Comienza diciendo «Tened piedad de los padres» y acaba suplicando: «¡Por favor, date prisa en madurar!». Había comenzado a existir aquello que pronto denominaríamos *posadolescencia*. En unos casos nacía la preocupación familiar por el estado vital de unos hijos que no podían marcharse fácilmente de casa. En otros casos, el enfado adulto porque no podían liberarse de unos jóvenes que casi consideraban la casa como una pensión barata de la cual no valía la pena marcharse.

32

Algunas décadas después es obvio que la situación resulta mucho más grave, que los condicionantes económicos impiden toda emancipación precoz y que, cuando los recursos pueden existir, la marcha del hogar familiar no se produce para no perder el nivel de vida. Veinticinco años después, otro narrador, el italiano Michele Serra, escribió *Los cansados*,⁷ una especie de relato sobre el hijo joven, el sofá y las redes sociales a partir del cual se habla de los «pospadres», que ahora tienen que ocuparse de generaciones etiquetadas ofensivamente como «ni-nis» o desinteresadas por un mundo que no parece el suyo.

Evidentemente, no es lo mismo el alargamiento de la adolescencia para el chico o chica de una familia con recursos económicos y culturales que para el de una familia con pocos recursos, que necesita contribuir a la mejora de las condiciones vitales de todos y al que le urge dejar de ser un eterno estudiante. No tiene las mismas implicaciones personales y familiares.

6 En castellano lo publicó la editorial Seix Barral y tuvo una maravillosa respuesta de Jordi Vila-Abadal (1986): *A tu, la seva mare*, La Llar del Llibre.

7 Alfaguara (2014).

Avancemos la juventud

En general, podemos decir que la adolescencia desde el punto de vista más psicológico y con sus componentes emocionales básicos está acabada en torno a los dieciocho años. Ya no consideraremos, por ejemplo, que se enfrentan a los padres porque necesitan afirmarse. En todo caso lo harán porque consideran que nadie tiene que meterse en sus vidas. Ya no decimos que salen para beber, empiezan a aprender que salir es una forma de ser y de relacionarse, y puede que beban.

Pero si la adolescencia real ha sido una etapa en la que no ha sido posible aprender y practicar la autonomía, si no ha sido un tiempo para empezar a ejercer la responsabilidad, la condición adolescente puede acabar alargándose indefinidamente. Sí. Existe la posadolescencia, igual que después vendrá la juventud y el joven adulto y el adulto joven y... el jubilado joven en una sociedad que persigue la eterna juventud y que tiene el poder concentrado en manos adultas, muy adultas.

No es bueno tener muchos años de adolescencia. Ellos y ellas también se cansan. Pero intentar evitarlo significa educar a adolescentes que aprenden a decidir; que asumen, en el grado en que pueden, su adolescencia. Tenemos que pensar también formas familiares para que puedan buscar y practicar una nueva manera de ser cuando comprueban que la adolescencia se acaba. Esto significa asumir y facilitar todas las experiencias posibles (de formación, de trabajo, de relaciones sociales) con una buena dosis de emancipación. No alarguemos la adolescencia, avancemos la juventud.

Lo que no es válido es contemplar a los adolescentes con la perspectiva de los adultos cansados o desesperados porque, al no encontrar salidas o haberse acomodado, el hijo ha pasado a ser un eterno adolescente que «pasa» de todo. No podemos mirar al personaje de quince años con la preocupa-

ción o el enfado que provoca el joven de veinte que, a ojos de sus adultos, no madura, no hace nada de provecho.

Una aceleración de mercado

Nos ha quedado pendiente la pregunta de si la adolescencia se está avanzando. Tenemos que decir que globalmente no, entre otras razones porque el dinamismo biológico de la pubertad no está empezando a producirse antes. Esto no quita que, en una sociedad globalizada, hiperconectada, la difusión de determinados comportamientos adolescentes entre los niños no tenga un gran impacto y pasen a ser imitados parcialmente. Podemos encontrar perfectamente a niños y niñas de diez años con una estética o un lenguaje aparentemente propios de adolescentes. Justo cuando escribo esto, mi nieta ha acabado la primaria (esto significa que estoy a punto de ser abuelo de adolescente). Ya se mueve en la pantalla de su móvil intentando ser *youtuber* mientras me explica sus colonias y lo extraño que le ha parecido el mundo del instituto del que le ha hablado su compañera de acampada, un poco más mayor, ya preadolescente.

34

Este avance en las formas es en muchos casos el producto de una penetración mercantil. Tenemos un ejemplo en los fans infantiles y preadolescentes de diferentes ídolos musicales diseñados especialmente para este público.⁸ Debemos tener cuidado de no provocar avances y facilitar que vivan con intensidad el tiempo de madurez infantil, especialmente calmado, muy predisuestos a los aprendizajes y dominados por actitudes de gran confianza en las personas

8 Escribo en el verano de 2017, pocos meses después del atentado en Manchester, en un concierto de Ariana Grande, una de esas cantantes que primero tuvo a su alrededor potentes grupos de fans de niños y preadolescentes y que, al crecer, se liberan de la infancia Disney para adentrarse en la rebeldía adolescente sexi. En algunos de mis artículos hablaba de «terrorismo Bollycao», una potente explosión en medio del universo de felicidad de carácter iniciático en su futura adolescencia.

adultas. Necesitan ser niños y no recibir otras presiones para cambiar, no avanzar la adolescencia social. Tenemos que garantizar la infancia mientras su reloj biológico y el de sus coetáneos, sus compañeros de vida, no les impulse, inevitablemente, a entrar de manera progresiva en otra etapa evolutiva.

Una propuesta para los chicos de entre doce y dieciocho años

Aunque tenemos adolescentes sempiternos y preadolescentes avanzados, para poder acotar y definir adecuadamente la singularidad de la educación de los adolescentes que tratamos en este libro diré que, fundamentalmente, hablo de chicos y chicas de entre doce y dieciocho años (intensamente, entre los trece y los diecisiete). Es un conjunto de años en los que la mayoría de los chicos y chicas habrá empezado o estará viviendo su condición adolescente y, finalmente, se irá planteando cómo dejarla. Dentro de este grupo de edades, cada chico o chica va a su ritmo y se sitúa en uno u otro estadio de la etapa, con independencia de la edad real, en función de sus experiencias y sus relaciones, y de los grupos adolescentes entre los cuales se construye.

35

No obstante, dado que aquí nos estamos planteando cómo educarlos, cómo atenderlos adecuadamente, no podemos hablar de todo el tiempo adolescente en conjunto. No podemos considerarlo un período único, ya que ni sus necesidades de atención y ayuda son las mismas ni ellos y ellas aceptarían una atención similar para todas estas edades o grupos de edad.

Más adelante hablaremos de las reglas comunes para ocuparse de la adolescencia de manera sensata, pero siempre debemos diferenciar tres grupos, tres tiempos adolescentes:

1. Los chicos y chicas que caminan de manera errática entre las transformaciones de la preadolescencia, que

se están haciendo adolescentes (doce, trece, en parte catorce años). Buena parte de lo que hacen y necesitan tiene que ver con los nuevos cambios (biológicos y sociales) que viven y la complejidad de la adaptación a ellos. Es, tal vez, el tiempo más delicado, dado que las respuestas que ahora reciben suelen ser muy determinantes de cómo vivirán su adolescencia.

2. Los y las adolescentes en estado puro (catorce en parte, quince, dieciséis y en algunos casos diecisiete años) que son, se sienten y actúan como verdaderos adolescentes. La atención que necesitan tiene que ver con cómo ayudarlos a vivir de manera positiva y activa este tiempo de sus vidas, sin negativizarlo, sin querer acelerarlo.
3. El tiempo de la posadolescencia (diecisiete, dieciocho años...). Está presidido por el deseo de ser joven (dejar de ser considerado adolescente) y poder actuar sin depender. Como he explicado, la atención tiene que ver con el estímulo y la ayuda para ir centrando su vida y poder dejar de sentirse y ser considerado adolescente.

36

El triángulo de las adaptaciones adolescentes

Para intentar entender qué son y qué hacen, para tratar de estar a su lado con la distancia próxima adecuada, tenemos que considerar que ahora nuestros hijos (nuestros alumnos) son el resultado de un triple proceso adaptativo. Cuando nos preguntamos qué les pasa o por qué contestan de una determinada manera, cuando dudamos de si una respuesta será adecuada, cuando nos quedamos desconcertados porque no hay manera de saber qué tiempo emocional habrá cuando lleguemos a casa o cuando empecemos una actividad en el aula, debemos tener en cuenta lo que podríamos denominar *triángulo adolescente*.

En uno de los vértices se encuentran todas las transformaciones orgánicas, fisiológicas, de la pubertad. De ellas depende buena parte del nuevo funcionamiento de las emociones, de sus estados de ánimo. Igualmente, condicionan su nueva imagen, su caótica forma de presentarse en el espacio público con un cuerpo descontrolado. Por este motivo dedicaremos unas primeras páginas a resituar la pubertad hoy. Ya hace décadas que se puede comprobar que en una casa hay un adolescente porque el sofá tiene una parte más hundida que el resto.

Sin embargo, como también he destacado ya, otro vértice del triángulo lo conforman las presiones y las expectativas sociales sobre lo que significa ser adolescente. Ya no se espera de ellos y ellas lo mismo que cuando eran niños. Podemos observar, cuando se les pregunta sobre las ventajas y los inconvenientes de ser adolescente, cómo algunos responden que cuando eran pequeños no tenían que decidir nada, no corrían el riesgo de equivocarse. Se ve claramente en el comportamiento escolar diferenciado entre los niños y niñas. Casi siempre, ellas lo hacen bien por la presión familiar de ser buenas estudiantes y sacar buenas notas. Presión que los niños no viven de manera similar.

La presión por ser adolescente de una manera u otra también tiene que ver con un mundo totalmente comunicado y con las dinámicas del mercado. Ser adolescente significa ser como las imágenes adolescentes que aparecen en una determinada pantalla, la propuesta de una *youtuber* o la definición de una marca. Ser adolescente también, y especialmente, es ser como los iguales, como los adolescentes y los jóvenes de una generación dicen (practican) que tiene que ser un adolescente. Encontramos, por ejemplo, que una chica todavía no tiene un especial interés por tener relaciones sexuales, pero tiende a buscarlas porque sus compañeras presumen de adolescencia por haberlas tenido. Por eso, al final de este capítulo hablaremos de cómo practican el hecho de ser adolescentes.

La tercera punta del triángulo adaptativo está formada por su permanente necesidad de aclararse. En medio de las dos necesidades adaptativas de las que acabamos de hablar tienen que responder (sentir que van encontrando respuestas) a la pregunta vital de quiénes son, que harán con su vida, cómo encontrarán su lugar particular en el mundo. Conviene tener presente que buena parte de sus conductas son «aclaratorias». Están destinadas a demostrar que existen y a intentar encontrar —mediante prueba y error— una manera de ser.

38

El adolescente que queremos educar está (feliz, desconcertado y, a veces, sufriendo un singular malestar) en el centro de este triángulo. No importa demasiado aclarar a cada momento si son las hormonas, la presión de los iguales o su necesidad de existir y ser visto la que da sentido a cada comportamiento. Basta con que intentemos tener en cuenta con nuestras respuestas que tenemos delante a un adolescente «maravilloso», que todo su mundo tendrá que ser leído (no justificado), en primer lugar, como expresión de su adolescencia.

Un cuerpo con piezas que no encajan

Todavía hoy, la expresión más habitual para definir que la hija ha dejado la infancia consiste en afirmar: «En casa ya tengo una mujer». Resulta mucho menos habitual considerar que el hijo se ha hecho mayor porque tiene poluciones nocturnas o porque aparecen manifestaciones externas de su maduración reproductiva. En su caso tendemos a decir, por ejemplo, que ha pasado de etapa porque ha crecido mucho («Ha dado el estirón»). Un día u otro, para ellos y ellas, llega la pubertad. No podemos hacer nada para acelerarla o frenarla (salvo que tengan problemas con la alimentación o que alguna pretensión fuera de lugar en cuanto a su rendimiento deportivo la altere). Solo nos queda una gran tarea: ayudarlos a vivir el conjunto de transformaciones con la

máxima normalidad posible, a encajar las piezas de un cuerpo permanentemente desajustado.

Normalizar los ritmos

La primera de las normalidades que hay que construir es la de los ritmos. Ayudar a construir la normalidad de quien tiene un desarrollo acelerado y la del que va más lento y será de los últimos en ser visualizado por su físico como adolescente. No es fácil porque los ritmos biológicos y los sociales no van sincronizados. Tenemos a la chica totalmente púber en sexto de primaria que funciona todavía con la lógica de los niños de su grupo. Y tenemos al alumno de segundo de ESO, adolescente entre adolescentes, pero con cuerpo de niño.

La extrañeza siempre es doble. La de quien ya tiene el pecho formado cuando las compañeras todavía no tienen y la de quien querría tenerlo porque las compañeras ya tienen y los compañeros las miran más. La de quien presume de buen tipo entre sujetos desgarbados, la de quien físicamente todavía es escuálido y queda a la sombra de todas las miradas.

39

A veces resulta muy útil una actividad escolar tan simple en primero de ESO como aplicar la estadística, sus curvas de distribución y normalidad en la clase, trabajar esta realidad suya en alguna de las actividades académicas. En casa o fuera, siempre ayuda al adolescente poco púber o demasiado púber conocer las experiencias de sus adultos y cómo les fue eso de crecer, de cambiar, lenta o rápidamente. Normalmente basta con dejar caer una palabra tranquilizadora cuando expresan, con más o menos rabia, sus desacuerdos con el físico. Como mínimo, no deben ser sus adultos quienes se desesperen por el retraso o se asusten por avances todavía no deseados. Del mismo modo, es preciso dejar que con el vestuario o el «adorno» personal intenten aparecer como eso que físicamente todavía no son, pero socialmente sí.

Mandar sobre las hormonas

Construir las vivencias de normalidad con las hormonas ya no es tan sencillo. Los cambios hormonales significan una revolución total de todo el sistema de comunicación interna del cuerpo, incluyendo todo lo que tiene que ver con el sistema nervioso (también en pleno desarrollo todavía en la adolescencia). De una parte de las hormonas dependerá la progresiva puesta en marcha del sistema reproductor y la aparición de todos los signos sexuales externos. Pero no se trata de un sistema que se pone en marcha en su totalidad a la vez, sino de un mecanismo de relojería fina que va encontrando sus ajustes progresivamente.

40

Por ello conviene no exasperarse, porque al principio parece que estén cansados todo el día. Cuando trabajaba en un antiguo colegio de primaria (séptimo y octavo de EGB), una de las compañeras siempre decía que notaba que empezaba la adolescencia de los alumnos cuando «oía pies arrastrándose por los pasillos». No hay que alterarse porque en medio del cansancio se muestren hiperactivos y los que acabemos cansados seamos nosotros, los adultos. Muchos de los horarios y las jornadas continuas, por ejemplo, de los primeros cursos de la educación secundaria no tienen en cuenta esta realidad.

Más allá de los impactos mucho más significativos en sus estados de ánimo de las experiencias y las prácticas adolescentes, también el caos hormonal genera alegrías, tristezas y atolondramientos que no se pueden abordar desde el simple razonamiento para que pongan orden. Pero el alboroto biológico de su mundo nos puede servir para empezar a ayudarlos en la introspección, en la discriminación de unos estados de ánimo significativamente nuevos para ellos y ellas. En algún momento, por ejemplo, tienen que recibir respuestas que ayuden a dar contenido al «Estoy muy enfadado» o al «Todo es un desastre».

Tanto entre las chicas como entre los chicos, todavía sigue siendo muy necesario normalizar la menstruación. Hablar del tema de manera simple y diáfana (en especial, hacer que los chicos hablen) antes de que aparezca. Ayudar a la chica para que no tenga ninguna connotación extraña tener la regla y que la gestión de los malestares posibles no suponga una singularidad particular entre otros aspectos de su salud.

Me gusto porque tengo un cuerpo que me gusta

El último paquete de vivencias normalizadoras tiene que ver con cómo ayudar a convivir con un cuerpo nuevo cada día. Recuperaremos el tema cuando hablemos de la identidad, pero empecemos teniendo presente que el conjunto de cambios desordenados y descompensados de su cuerpo comporta una adaptación progresiva que no es fácil de hacer. Con el caos del cuerpo se mezclan las dificultades por reconocerse a sí mismos en los deseos y las pretensiones sobre la propia imagen, las presiones sociales por ser y aparecer con un cuerpo determinado. Por ejemplo, una mayoría de la multitud de regímenes alimentarios que seguimos en la edad adulta tienen su origen en los desacuerdos con el propio cuerpo de la pubertad y la adolescencia.

41

No nos engañemos. Resulta complicado aceptar que no tienes las curvas de la forma y en el sitio adecuados cuando la moda es mini (o al contrario) y cuando algunas de tus compañeras ya parecen perfectas y seductoras modelos. No queda más remedio que repetir en los momentos más inverosímiles que todo es provisional, que todo cambiará, que su figura (singular y única) no es ni puede ser la de ahora, que los componentes de la propia imagen (de la imagen que proyectan de sí mismos, de sí mismas) son bastantes más que los que proyecta su cuerpo.

En una sociedad de la imagen basada en la estética es muy fácil depositar en la propia figura los diferentes malestares. Por eso podemos encontrarnos con que muchas adolescen-

tes (también algunos chicos) canalizan esos malestares de su condición adolescente hacia el cuerpo, ya sea con la alimentación o dañándolo. Suman los desacuerdos con el cuerpo y los desacuerdos vitales de todo tipo. Muchas veces nos encontramos con chicas que pueden ser etiquetadas como pacientes de trastornos alimentarios, pero que en realidad tienen adolescencias complicadas momentáneamente, que descargan sus malestares en su cuerpo (incluido también el malestar de no tener el cuerpo deseado).

42

No todo son desacuerdos. También crecen y, poco a poco, el adolescente acaba teniendo un cuerpo bonito, proyecta una imagen de la cual él o ella se siente orgulloso u orgullosa, que genera envidias incluso entre adultos. La adolescencia se convierte en la edad de los espejos (y ahora de los *selfies*), el tiempo de Narciso, el dios que se ahoga intentando besar su propia imagen reflejada en un lago. La reconciliación con la propia imagen llegará por haberlos ayudado a esperar, por destacar lo que tienen de especial, de singular y único, a pesar de su desesperación.

Adolescentes por dentro

Ya está todo en marcha. Ya tenemos la casa invadida por la adolescencia o, si es nuestra profesión, hemos asumido que el alumno que tenemos en clase es inevitablemente un personaje adolescente. A lo mejor ahora toca calma y podemos resituarnos hasta que llegue la siguiente tormenta. ¿Qué tipo de personaje es este con el que tenemos que convivir?

Si algo los define es que se trata de sujetos inmersos en una etapa clave de transformación, de ensayos y tanteos, siempre vivida con una gran intensidad. Inmersos en un cambio permanente en el que desde el punto de vista educativo no resulta muy razonable pedir estabilidad, efectos inmediatos y aparentes de nuestra acción, de nuestros «consejos». Están deconstruyendo al niño que eran hasta ahora y ensayan

para descubrir lo que desean ser probando, practicando. Y, además, todo ello mezclado, sin que se pueda separar el amor, de aprobar las mates, de los horarios, de la preocupación por la identidad.

Aparquemos por ahora los aspectos más sociales. Aquella punta del triángulo adaptativo que tiene que ver con la obligación de ser como la sociedad prescribe que debe ser un adolescente. Vamos al personaje que se encuentra en el medio, que tiene que encontrar su lugar entre el «Ya no soy un niño» y el «Todavía no sé qué soy». Intentemos pensar cómo son por dentro. Intentemos tener presente que son niños y niñas convirtiéndose en adolescentes.

Ser adolescente significa muchas cosas más, pero para disponer de un esquema que nos permita situar los entusiasmos y las dificultades de cada día podemos acordar que suele significar estar definido por cuatro grandes características:

43

- 1.** Dedicarse a la confrontación con los adultos.
- 2.** Situar en primer lugar la solidaridad de los iguales.
- 3.** Vivir en estados emocionales imprevisibles.
- 4.** Necesitar descubrir, experimentar.

La afición permanente por el rebote

Solo de vez en cuando me he encontrado con un adolescente que no practique su deporte favorito: «el rebote» («Hoy me he rebotado con la profe», «Estoy rebotado con mi padre»). Si la pretensión de toda conducta adolescente consiste en demostrar que ya no son niños y que ya son distintos, que existen y son omniscientes y omnipotentes, su principal mecanismo de afirmación es oponerse a los adultos.

Puesto que la adolescencia no anula las diferentes personalidades, esta oposición puede adoptar muchas formas, desde las más ariscas hasta las imperceptibles. Cada chico o

chica (de maneras diferentes ellos y ellas) puede tener sus propias formas de demostrar a los adultos que existe.

De hecho, tanto en el espacio familiar como en el instituto o en la sociedad, hablar de adolescentes es hablar de conflictos. Esta faceta suya parece dominarlo todo cuando, ni mucho menos, debería ser la principal preocupación educativa. Como destacaré en el capítulo sobre las «reglas educativas», es un gran error confundir conflictos con problemas, centrar las tensiones y las respuestas sociales en las confrontaciones y no en las soledades o las dificultades silenciosas.

No obstante, en el día a día, la primera pregunta que se hace cualquier padre o madre de adolescentes es si lo está haciendo bien, puesto que se pasa el día peleándose con su hijo o hija. Seguramente, el profesor que no está acostumbrado dudará de su pedagogía al ver las tensiones y las provocaciones cotidianas del aula.

44

En todos los espacios de reflexión y formación en los que he intervenido en estas décadas siempre he recordado tres hechos inevitables:

1. Convivir con adolescentes y tener conflictos es inevitable.
2. Que sea inevitable tener conflictos no significa que haya que pelearse por todo.
3. El problema casi siempre radica en las respuestas. No valen todas, y tenemos que aprender y aplicar las correspondientes estrategias antes de responder.

No se puede vivir sin conflictos

El conflicto y la confrontación forman parte de la relación adolescente-adulto. Nosotros siempre somos la pared (el frontón) que necesitan para que regrese la pelota que lanzan. Necesitan cuestionar permanentemente cualquier pro-

puesta adulta y, si hace falta, inventarse una confrontación que demuestre su nueva identidad en construcción. Cuando se llega a casa, uno tiene que estar preparado para asumir que lo más probable es que aparezca la correspondiente dosis de búsqueda del conflicto afirmativo. Un profesional de la educación puede pensar que le pagan solo por enseñar. Se equivoca. Una parte de su sueldo está destinada a aguantar y gestionar «rebotes».

He explicado y escrito centenares de veces la anécdota familiar del adolescente de catorce años peleándose con los padres, no se sabe muy bien por qué (pocas veces queda claro por qué nos peleamos), que en un determinado momento dice: «¡Con vosotros no se puede vivir, me lo prohibís todo!». Y cuando los padres le hacen ver que últimamente no le han prohibido nada, que no tienen conciencia de esa limitación permanente, el adolescente responde: «¡Da igual, pero lo pensáis!». No podemos huir del conflicto.

45

Un conflicto siempre es una confrontación entre dos visiones o dos pretensiones. El profesor quiere dar la clase y ellos no están por la labor. Los padres queremos tranquilidad y ahora ellos están por la aceleración y el descontrol. Siempre es una lectura contraria de la realidad. Se sienten dominadores y nosotros los vemos inmaduros. Están en el presente y nosotros intentamos que tengan en cuenta el futuro.

No se pueden suprimir los conflictos, y no es necesario hacerlo. Debemos tener presente que una chica no puede llegar tarde a casa si no tiene una hora de llegada. Tan importante como aprender a regular su tiempo es poder discutir la norma que lo impone. Practicar la adolescencia es, ante todo, intentar sacar de quicio a los adultos. Molestan, tal vez mucho (también depende de la personalidad de los adultos), pero los conflictos forman parte del entretenimiento básico de una vida con adolescentes. Nos hacen enfadar, nos desequilibran, pero los conflictos no deben considerarse un problema.